

## RECEPCIÓN DE LA MEDALLA MIEMBRO HONORRIO DE LA ACADEMIA CIENTÍFICA DE ESTUDIANTES DE MEDICINA DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE<sup>1</sup>

Dr. Alejandro Goic

*1 Ceremonia de Celebración del Trigésimo Aniversario de la Academia Científica de Estudiantes de Medicina de la Universidad de Chile. 17 de octubre, 2014.*

Reseñar a la audiencia la importancia e impacto de la medicina y las ciencias biomédicas en mi vida y quehacer es lo que me fue solicitado. A ello me voy a referir en términos de personas y circunstancias que influyeron decididamente en mi formación como médico y en mis actividades profesionales y académicas.

A la medicina y su ejercicio me he dedicado con esfuerzo, no exento de pasión, en la Universidad de Chile y el Servicio Nacional de Salud durante 56 años. Cada etapa de mi vida profesional y académica en estas instituciones, constituyó un aprendizaje y una experiencia valiosa.

Debo decir que desde mi época de escolar nunca dudé que mi destino era convertirme en médico. Pronto a egresar del colegio el insigne profesor de nuestra Facultad Dr. Eduardo Cruz Coke Lasabe, a la sazón carismático candidato a la Presidencia de la República, abrió mi mente al mundo de las ideas sociales y políticas. En la Escuela de

Medicina el Profesor Ramón Ortúizar Escobar creó en mí la imagen de un médico de riguroso y de estimulante razonar clínico y el Dr. Héctor Croxatto Rezzio me impresionó como docente e investigador experimental.

Una vez graduado, tuve la fortuna de conocer personas excepcionales que fueron determinantes en lo que fui y soy como médico. El profesor que plasmó más profundamente mi ser médico fue el Dr. Hernán Alessandri Rodríguez. Como Residente Becario, aprecié sus cualidades superiores y las de su Servicio y Cátedra de Medicina Interna del Hospital del Salvador de Santiago. Esta etapa fijó indeleblemente el rumbo de mi carrera profesional y el modo de entender la Medicina. Era aquél un modelo de centro docente-asistencial en el que predominaba la disciplina médica, entendida como el cumplimiento riguroso de las tareas comprometidas, el perfeccionamiento profesional y académico cotidiano y el respeto

por los enfermos. Entre sus colaboradores, destacaba con relieves propios el Dr. Hécxtor Ducci Claro, poseedor de cualidades innatas como administrador médico. Inicié mi actividad docente en Medicina Interna y, en particular, en Semiología Médica que en esa Cátedra tenía una especial relevancia. El curso duraba dos semestres y la enseñanza era absolutamente tutorial: un docente con cinco alumnos. Este modelo de enseñanza de en pequeño grupo me cautivó. Entre los docentes, tuve más cercanía y amistad con el Dr. Gastón Chamorro Zapata, un internista y semiólogo distinguidísimo, refinado y culto y modesto por añadidura. A él le propuse que escribiéramos un libro de Semiología Médica, inspirado en la experiencia acumulada en la enseñanza de esta disciplina por décadas en la Cátedra de Alessandri. Así, nació un texto de estudio que ha estado a disposición de los estudiantes y médicos por más de 25 años y que hoy prepara su cuarta edición. Nuestra experiencia profesional y docente nos hacía concordar con el Dr. Charle Laudry, médico francés del siglo XIX, quien afirmó que “la Semiología no es solo la gramática de la medicina sino que la medicina misma”.

Cumpliendo con un compromiso adquirido con el Servicio Nacional de Salud, en la post beca fui destinado al Hospital Regional de Temuco, ciudad donde ejercí durante dos años. Debo decir que fue una experiencia humana y profesional excepcional; allí, junto con conocer las debilidades de la Medicina en provincias, consolidé mi formación médica.

Cumplida esa etapa, regresé al Hospital del Salvador para continuar mi actividad asistencial y académica.

Dirigí la Revista Médica de Chile durante 26 años, lo que me permitió conocer el nivel de de-

sarrollo y productividad científica de las distintas disciplinas de la Medicina Interna y sus protagonistas; interiorizarme y aprender de los trabajos de investigación clínica, de Salud Pública y de Historia de la Medicina, así como apreciar el rol educacional más que centenario de esta publicación periódica.

Las circunstancias -en este caso la Reforma Universitaria de 1968- me involucraron en la administración académica, lo que no estaba contemplado en mis expectativas de médico clínico. Así, tempranamente fui Director del Departamento de Medicina y, luego, al dividirse la Facultad de en cuatro entidades, Decano de la Facultad Oriente y, años después, Decano de la Facultad reunificada. Estas actividades, que se prolongaron por diez años, me permitieron conocer en profundidad las complejidades de la educación médica y los difíciles problemas administrativos de entidades complejas como nuestra Facultad. Además, me correspondió defender con los Decanos y Directores de Institutos -entre ellos el Dr. Monckeberg- con los estudiantes y funcionarios, la dignidad de una universidad intervenida, vigilada y humillada, en un episodio que fue conocido como “El conflicto Federici” o “La rebelión de los Decanos”.

En el período en que dirigí la ASOFAMECH, los Decanos logramos introducir en el país, por vez primera, el tema de Acreditación de las Escuelas de Medicina, no sólo como una propuesta de interés, sino con un proyecto detallado del propósito, contenidos y procedimientos de la acreditación.

Una etapa particularmente motivadora fue la presidencia del Comité de Curriculum de la Carrera de Medicina que durante 6 años realizó un profundo análisis y entregó una propuesta espe-

cífica y detallada de innovación curricular.

La participación, mes a mes durante diez años en el Grupo de Estudios de Ética Clínica de la Sociedad Médica de Santiago - un singular foro de deliberación ética- ha sido una de las actividades más enriquecedora en que he participado.

La Presidencia de la Academia Chilena de Medicina durante un decenio, me permitió conocer la calidad de los médicos que la integran, la diversidad y la riqueza de sus trayectorias profesionales lo que, por cierto, también poseen muchos médicos que no forman parte de la institución. Además, pude valorar la silenciosa tarea de promoción y cultivo de la medicina, la salud pública, la educación y la ética médica que ha desarrollado la Academia durante 50 años.

Por su parte, mi participación en el Consejo Superior de Educación, durante un decenio, me permitió conocer las intimidades del sistema de Educación Superior, de los procesos de acreditación institucional y de las carreras profesionales y técnicas.

En variadas publicaciones, artículos, opúsculos y libros sobre Medicina, ética médica, educación médica, y de lo que podríamos llamar genéricamente filosofía de la medicina, he pretendido transmitir mi experiencia y reflexiones sobre la medicina y su ejercicio.

¿Qué hay en el trasfondo de esta prolongada y laboriosa tarea?

Hay, claro está, dedicación y esfuerzo personal pero, mucho más que eso: sabemos que nuestra vida no la construimos solos, sino que con muchos otros con los que azarosamente nos relacionamos y con las circunstancias que nos toca enfrentar. Las enseñanzas y ejemplo de personas notables y el afecto y solidaridad generosa de co-

legas y amigos fueron decisivos en mi carrera.

Como médico y académico tuve el privilegio de conocer a algunas distinguidas personalidades que dejaron profundas huellas en mí y que no me resisto a mencionar: Hernán Alessandri, educador médico de alta alcurnia; Eduardo Frei Montalva, Presidente de la República, estadista de inigualada estatura; Bernardo Leighton, político sabio y bondadoso; Juan Gómez Millas, Rector de la Universidad de Chile e intelectual de nota; Jorge Millas, filósofo y universitario ineludible; Hernán Díaz Arrieta (Alone), insuperado crítico literaria; el fino poeta Miguel Arteche y el profesor estadounidense Dr. Stewart Wolf, pionero de la medicina psicosomática en su vertiente psicofisiológica.

Con todo, creo que más allá de las experiencias profesionales y académicas que me ha tocado vivir y por cierto en razón de ello, lo importante son las lecciones que se pueden derivar para el correcto ejercicio profesional. He aquí lo que, en lo esencial, la Medicina y su práctica me han enseñado:

- Que la medicina posee un bien o bondad en sí misma: “el bien de la medicina es lo que la medicina es y lo que ella persigue; aquello que hace que la medicina sea medicina más bien que leyes o política”, o cualquier otro oficio o profesión. Es algo que nos ha sido legado y que no se reinventa de tanto en tanto: los médicos somos herederos de la “revolución hipocrática” que hace más de 2500 años forjó las bases de la medicina clínica y de la ética profesional y que es nuestro deber promover y respetar.

- Que la medicina es una profesión de servicio a nuestros semejantes que enfrentan enfermedad y sufrimiento, sin distinción de raza, ideologías,

creencias religiosas o nivel socio económico.

- Que la misión del médico no es sólo esforzarse por curar a los pacientes, sino que cuidarlos, propósito que debe predominar sobre cualquier otra consideración.

- Que la ética médica no es un adorno para la medicina sino que una condición que está sustantiva e inequívocamente ligada al ejercicio profesional: sin ella, los médicos seríamos –como el antiguo hechicero- los dueños caprichosos de la vida y la muerte de las personas.

- Que la ciencia de la medicina es susceptible de estudiar y aprender, pero el arte de la medicina –léase la clínica- lo tenemos que construir día a día con cada paciente que atendemos, cuya dolencia es única y su enseñanza irrepetible.

- Que la tecnología en medicina ha sido un aporte maravilloso para su progreso, pero que la tecnología no reemplaza al arte de la medicina ni la inteligencia, ni la moral del médico.

- Que el estudio de la historia de la medicina forma parte de la cultura del médico. Somos deudores de los que un académico denominó “los pontífices” - los que construyen puentes- que, a lo largo de milenios y generación tras generación, nos han enseñado el arte de la medicina.

- Que los médicos como personas ilustradas e influyentes en la sociedad, debemos preocuparnos de los aspectos sociales de la medicina, la organización de la atención médica y las políticas públicas relacionadas. Esto sin necesidad de involucrarnos en la actividad propiamente política, salvo que libremente elijamos ese camino y no el de la Medicina.

- Que como ciudadanos y en la esfera de nuestra competencia, es nuestro deber defender la vida, la libertad, la justicia social, la tolerancia y la dignidad humana, así como promover la bondad, el

bien y la belleza.

- Que los médicos contemporánea debiéramos esforzarnos por recuperar para la profesión médica la “fuerza cultural de primer orden” que, en el siglo V a.C. personificaron los médicos hipocráticos en la vida del pueblo griego.

Un estudioso de la Grecia Antigua definió en forma breve, precisa y profunda, lo que la Medicina es: “La encarnación de una ética profesional ejemplar por la proyección del saber sobre un fin ético de carácter práctico”. Probablemente, algunos pensarán que estos son ideales meramente teóricos que se contradicen con la realidad observada; y, en último término son utópicos, por lo que proclamarlos es un esfuerzo que no tiene sentido práctico alguno. Una anécdota, tal vez, de respuesta a los escépticos de la fuerza de las ideas y el poder del espíritu humano.

En cierta ocasión, conversaba en el Decanato con un Profesor sobre la marcha de la Facultad: le dije, con cierto desencanto, que me parecía que los académicos no percibían debidamente la inspiración, el esfuerzo intelectual y la dedicación cotidiana que exigía su conducción: ¡No, Decano! me dijo tajantemente: ¡Siempre hay alguien, en algún lugar, que escucha el canto del gallo!

Al cumplir 30 años de vida la Academia Científica de estudiantes de Medicina de la Universidad de Chile, los insto a perseverar en vuestras ideales fundacionales, porque siempre habrá alguien que ha de escuchar vuestro canto.